

En un lugar, no muy lejos de la calle de Faubourg Saint-Antoine, se escucha un tumulto. Sandrine de Billancourt asoma su cabeza por la ventanilla del carruaje y contempla la muchedumbre inquieta. Julie, su doncella, está preocupada. Incorporándose, observa la calle.

-Oh, no, una revuelta -dice.

Sandrine siente curiosidad y sigue mirando. Los rumores acerca de los disturbios en París habían llegado incluso hasta el interior de los sólidos muros de su colegio, donde la acaban de recoger. El colegio de monjas está en el Marais, un barrio antes acomodado, pero ahora popular y turbulento.

-No se asome tanto, mademoiselle. No deberíamos llamar la atención -insiste Julie.

Sandrine retira la cabeza.

-No nos harán daño, ¿verdad?

-No estoy segura, hoy en día todo es posible.

-Entonces, dile a Bernard que dé la vuelta -sugiere Sandrine.

Con cuidado, Julie saca la cabeza por la ventanilla.

-¡Bernard, da la vuelta! grita.

Sandrine oye que el cochero le contesta algo, pero no entiende lo que dice. El carruaje empieza a dar la vuelta. A lo lejos se oyen gritos.

Sandrine observa cómo Bernard grita a los caballos. Los animales están agitados y retroceden un poco. El látigo cimbrea en el aire, el carruaje se zarandea.

-¿Pero qué hace este hombre? -pregunta Julie inquieta.

-Supongo que es imposible dar la vuelta sin maniobrar -comenta Sandrine.

Tras moverse hacia delante y luego hacia atrás por fin avanzan.

-Gracias a Dios -murmura Julie.

Cuando solo habían avanzado unos pocos metros, de pronto el carruaje se detiene. Sandrine está a punto de preguntar qué está pasando, cuando Bernard abre la portezuela.

-También están al otro lado de la calle, mademoiselle, estamos rodeados.

Sandrine respira hondo.

-No deberíamos haber venido al Marais -se lamenta Julie como si ella tuviera la culpa de lo que ocurre.

-Pues qué remedio si el colegio está allí -contesta Sandrine.

-Quiero decir que deberíamos haber escogido una ruta alternativa -contesta Julie.

-Con permiso, mademoiselle, tenemos que actuar rápidamente -apremia Bernard.

-¿No podemos seguir hacia delante, como si nada? -pregunta Sandrine-. Supongo que se apartarán.

-No estoy tan seguro, mademoiselle. Normalmente sí, pero esto parece una revuelta.

Sandrine echa una mirada a una callejuela estrecha.

-¿Cabríamos por allí?

Bernard sigue la mirada. Su rostro refleja dudas.

-Inténtalo -insiste Sandrine-, tampoco tenemos mucho donde elegir.

Bernard cierra la portezuela y se sienta en el pescante. Grita, los caballos relinchan y se ponen en marcha. El carruaje da media vuelta. Se dirigen a la travesía. En el momento en que el espacio reducido de la callejuela se traga el carruaje, Sandrine ya sabe que no podrá pasar. Abre las cortinas estrepitosamente y ve cómo las paredes se acercan.

Preocupada, Julie dice que lo que están haciendo no sirve para nada.

Casi enseguida el carruaje se detiene.

-Es imposible, mademoiselle Sandrine- suena la voz de Bernard.

-Vamos hacia atrás -contesta Sandrine.

Bernard lo intenta, pero los caballos se han puesto nerviosos y no entienden que tiene que retroceder.

Los gritos de la alborotada multitud se oyen cada vez más cerca.

-Tardamos demasiado -dice Julie nerviosa-. Tenemos que salir de aquí antes de que nos acorralen.

Su preocupación es contagiosa.

-¿De verdad crees que van a atacar nuestro carruaje? -pregunta Sandrine con mayor inquietud.

-No lo sé, mademoiselle.

Sandrine y Julie cruzan una mirada.

-¡Entonces salgamos!

-¡Mademoiselle!

-Julie, tú misma acabas de decir que tenemos que salir lo antes posible.

-Sí, ¿pero cómo? No puede salir así a la calle.

-Quizá, si no llamáramos tanto la atención... -dice Sandrine, comparando el sencillo vestido gris de su doncella con el suyo de brocado. -Ayúdame, Julie.

Sandrine se incorpora un poco y, haciendo un esfuerzo, logra quitarse su falda de amplio vuelo. Se quita los zapatos y deshace su peinado. Sandrine mira su enagua. Aún demasiado delicada, pero qué remedio. Arranca el borde de encaje.

-iMademoiselle Sandrine!

Bernard intenta meterse entre la pared y la portezuela, pero su barriga se lo impide.

Sandrine abre la portezuela y se apea del coche. Desconcertado, el cochero observa su aspecto andrajoso.

-Salgamos -indica Sandrine.

-Mademoiselle, eso es imposible. Usted llama demasiado la atención

-¿Y en el carruaje no? Dame tu abrigo, Julie.

Sin decir palabra, Julie obedece. Sandrine se echa el abrigo oscuro sobre los hombros y se dirige a Bernard, que no cesa en su intento desesperado de pasar al lado del carruaje.